Lo que más dinero les dá son las viñas y la bodega donde elaboran vinos de consagrar. Entre los recursos del monasterio figura también un huerto.

Es natural que una institución así prospere, puesto que para ella trabajan sesenta hombres bajo una estrecha disciplina y sin pedir más remuneración que el derecho a vivir aislados del mundo. Cada ladrillo, cada bloque de cemento de los que se emplearon en la construcción de los edificios, los hicieron los monjes. La madera toda se cortó y laboró en el bosque del monasterio. Los monjes hacen también sus propios zapatos. Puede decirse, en realidad, que la orden es independiente del mundo.

Ninguna mujer puede traspasar los muros. Una madre puede visitar a su hijo en la portería, mediante permiso especial. Más, bien pudiera suceder que el hijo, si le habla, le diga las mismas palabras enigmáticas que Cristo dijo en una ocasión:

—Mujer, ¿por ventura tengo algo que ver contigo?

Los monjes no tienen comunicación alguna con mujeres, ni verbalmente, ni por carta. El celibato es un hecho que ni siquiera se discute. En el siglo XVI, la riqueza y la vida licenciosa, acarrearon la decadencia de los Cistercienses. Los Trapenses, o Cistercienses Reformados, como puede llamárseles con toda propiedad, velan cuidadosamente porque tal cosa no se repita.

También existe una orden trapense de mujeres. En todo el mundo hay unas mil hermanas trapenses y unos 3500 monjes de la misma comunidad.

Durante mi retiro, ví a un muchacho que llegaba con sus padres al portón de la abadía. Tendría unos veinte años. Los tres permanecieron completamente inmóviles un momento. Luego el muchacho estrechó la mano de su padre y besó a su madre. Ella lo apretó amorosamente. El sonrió, como diciendo: "No te entristezcas; recuerda lo santo de mi camino". Suavemente, pero con firmeza, la apartó de sí. Ví al muchacho entrar con la cara radiante. Afuera, la madre lloraba; el padre le pasó el brazo por el talle y se la fué llevando despacio.

Tomado de Selecciones del Reader's Digest, diciembre 1944.

Las ideas y los libros (1)

Por André Maurois

Andrés Maurois, el ilustre académico francés que hoy reside en los Estados Unidos, ofrece al público de habla gala uno de sus más finos estudios bibliográficos al analizar la obra **«Now with the morning star»**, «la novela menos novelesca» que jamás se haya escrito y debida a la pluma de Thomas Kernan.

Es para nosotros un exquisito regalo espiritual el traducir esta nota bibliográfica y ponerla al alcance de los lectores de la **«Re-**

(1) (Traducido del diario **«Pour la Victoire»**, New York, 1944.)

vista de los Archivos Nacionales», cumpliendo el deseo de su Director, el General D. Jorge Volio, quien se ha servido encomendarnos esa traducción.

«Traduttore, traditore...» Demasiado lo sabemos; mas queremos hacer constar que si quizás—seguramente, más bien no podremos sino traicionar el incomparable estilo y la elegancia en el decir del académico Maurois, esperamos que por lo menos, no traicionaremos el trascendental contenido espiritual de su magnífico estudio. Esto pudiera hacernos perdonar aquéllo.

T. v. B.

Thomas Kernan es un muy viejo y muy fiel amigo de Francia. Ha vivido en París, donde permaneció durante los siete primeros meses de la ocución alemana; período ese que nos relata en un primer libro. En 1942 se trasladó a la zona no ocupada, llevando la representación de la Cruz Roja Norteamericana para ayudar a los niños franceses. En noviembre de ese mismo año, fué detenido por los alemanes e internado en Baden-Baden junto con varios diplomáticos norteamericanos.

Fué durante su internamiento cuando escribió la novela de que vamos a hablar y que se desarrolla en Alemania.

Bajo la vigilancia de la Gestapo los internados de Baden hacían algunos paseos por las montañas. Allí volvió Kernan a ver un bello monasterio gótico que ya había visitado en otra época y que ahora, confiscado por el partido nacional socialista, ha sido dedicado a otros fines. Entonces germinó en su espíritu la idea de ese libro. Se puso a escribirlo, pero como temía que su manuscrito fuera examinado por la censura alemana, situó en un convento español el escenario de la primera versión de la obra.

Posteriormente, en 1944, repatriado a bordo del *"Gripsholm"*, pudo traer a los E. E. U. U. su manuscrito y darle su verdadera forma.

He leído ese libro con emoción. Jamás novela alguna fué menos novelesca; ni las mujeres, ni el amor desempeñan en ella ningún papel; el relato es sencillo, pero preñado de un profundo sentido sin llegar, ni por asomo, a hacer pesado el texto por consideraciones abstractas. Kernan ha logrado, mediante la simplicidad del relato, la precisión del tono, la sencilla belleza de los caracteres y el fervor religioso de la inspiración, sugerir al lector sentimientos graves: una tristeza mezclada de serenidad; el horror hacia la cruel disciplina de los estados totalitarios y una definitiva confianza en la dignidad humana.

He aquí el tema, tan escueto como original.

* * *

Sobre una cima de la Selva Negra se yergue la Abadía cisterciense de María Morgenstern—María, Estrella Matutina—. Allí viven en silencio, entregados al trabajo y a la oración, un centenar de monjes. Entre ellos, el hermano Nicolás ha llegado a ser el hombre indispensable de la comunidad,

porque es un buen artesano. Es él quien arregla los muebles rotos; él, quien encuaderna los viejos manuscritos, y él también quien compone las cerraduras. Es feliz, el hermano Nicolás, porque ama su convento, la regla y su trabajo. Pero una mañana, algunos camiones se detienen frente a la puerta de la Abadía; de ellos salen soldados que llevan como brazalete la cruz gamada y ocupan las salidas del convento. Poco después los jefes del partido: el *Gauleiter* local, un Procurador y un Experto, se unen a ellos. Se ordena el cierre de la Abadía bajo el absurdo pretexto de "inmoralidad", y sus bienes se confiscan en beneficio del Partido Nazi. Esta confiscación, este robo, más exactamente, es el verdadero objeto de tan odiosa medida.

El Abad, Dom Bonifacio, trata de defender sus monjes y pregunta: "¿Qué será de ellos, lanzados al mundo después de tantos años de aislamiento y silencio?..." El *Gauleiter* no se conmueve por ese argumento. "¿Los monjes?... Pues bien ¡que vuelvan a ser seglares y obreros!" Y he aquí a Andreas Hoffman, que antes fué el Hermano Nicolás, violentamente lanzado a un mundo hostil; desligado de sus votos, pero nó de su pasado. Así descubre una nueva Alemania, aterrorizada, adonde no se dice: *Grüss Gott*", sino: *"Héil Hitler"* y sobre la cual flota el rostro vulgar y duro de un jefe sin alma. Valientemente, Andreas Hoffman trata de encontrar un oficio; pero inmediatamente da contra la espantosa regimentación del Partido. Ya terminaron, en la Alemania nazi, las posibilidades de las gestiones simples y humanas; no basta ser un obrero y un ciudadano; es preciso, además, pertenecer al grupo dominante. Cualquier candidato a un cargo, por humilde que este sea, debe ante todo presentar pruebas de su pureza doctrinal. El más insignificante finquero no puede contratar un jornalero sin la autorización de la policía. Los hombres están encerrados dentro de una red de reglamentos, de odios y de desconfianza. Los monjes eran más libres, dentro del recinto amurallado de su convento, que los alemanes en el Reich de Hitler.

Pero Andreas Hoffman trata, no obstante, de vivir. ¡Son tan pocas sus necesidades!... Mas, el haber sido monje le perjudica. El nacional-socialismo odia la Iglesia Católica. Si el exclaustrado a su pesar habla de su Abadía, se le echa afuera; si no explica de donde viene, se hace sospechoso. Una tras otra, las esperanzas se esfuman. Aun los oficios más sencillos le son inaccesibles. Por fin, cuando desfallecía de hambre, vuelve a encontrar al antiguo Abad de su convento.

"—No comprendo, Padre mío", le dice. "Por todas partes encuentro el Partido. Quieren que uno trabaje, pero no se puede trabajar sino para ellos y por ellos". "—Jamás he esquivado el trabajo; vos lo sabéis, Padre mío... ¿Qué he hecho yo de malo?..."

El Abad resuelve ocuparlo en misiones secretas de la Iglesia. Destacado en una finca de la frontera que pertenece a un convento de religiosas, el antiguo hermano Nicolás tiene a su cargo hacer pasar a Suiza, las cartas pastorales prohibidas por los nazis y traer de regreso socorros monetarios para las comunidades despojadas. Y así, Andreas Hoffman pasó varias veces

la frontera. Al principio de la guerra fué capturado y sentenciado a diez años de trabajos forzados. Durante la noche es conducido a su prisión. Cuando despierta, en un dormitorio de cien camas y techado de arcos góticos, recibe la sorpresa y la alegría de reconocer su antiguo convento. María, Estrella Matutina, vé su antiguo santuario transformado en campo de concentración...

Como antes lo hacían los monjes, los prisioneros trabajan ahora en los viñedos de la finca. Sólo que, en lugar de escuchar en el refectorio la lectura de la Vida de los Santos, deben oír la propaganda del Doctor Goebbels, en que se describen la guerra, las victorias del Führer y las bellezas del Nuevo Orden. Sin embargo, el hermano Nicolás, gracias a las tareas familiares, y a los recuerdos de los tiempos en que las campanas llamaban a vísperas y a maitines, gracias sobre todo a la liberación que la humildad y la fe brindan al creyente, encuentra allí una extraña dicha: "Las murallas de su prisión se derrumban ante el cristiano"...

"Lo único que para Andreas constituía verdadero castigo, no era ni el trabajo, ni la alimentación, ni el estar privado de la libertad; era la promiscuidad de aquella vida en que cien hombres, amontonados como ganado en la antigua capilla, no tenían posibilidad de aislamiento, ni de dignidad. Pues la dignidad era parte de la regla cisterciense. Esta regla concedía el respeto al cuerpo, lo mismo que al espíritu del hombre. Ella exigía la limpieza, una celda para cada monje, y el respeto de sí mismo..." Es este respeto de sí mismo que la disciplina nazi rehusa a sus víctimas.

Poco a poco los carceleros descubren aquellas cualidades de buen obrero que antes hicieran del hermano Nicolás el hombre indispensable en el Convento. Se le encarga de pequeños trabajos que él realiza con cariño. Encargado de componer sillas antiguas, tornea sus patas idénticas al modelo y, tiñendo la madera con tinta de nogal, logra darles el color primitivo. El director de la cárcel admira la excelencia de ese trabajo.

"—Podría hacer mucho más", dice Andreas, "—si tuviera un cuarto para mí solo..."

Su antigua celda servía precisamente de depósito para guardar herramientas. Por fin consigue el derecho de dormir en ella, acostándose en el suelo.

"¡Su celda! ¡Su propia celda! ¡Su pequeño paraíso! Se desperezó deliciosamente y escuchó el silencio. Ya no más prisioneros a su alrededor, gruñiendo y tosiendo. No más olores de sudor, de pies mal lavados y de fétida carne humana. ¡Todo era tan puro, tan limpio!... No había olvidado sus oraciones, y dió gracias a los santos que habían intercedido para que pudieran realizarse los deseos de su corazón. Todavía oraba cuando se durmió..."

A las tres de la mañana despertó creyendo oír una campana de plata. ¿Un sueño? ¡Qué importa! Es la hora de maitines. Se levanta y, envuelto en su frazada como en un hábito de monje, se arrodilla.

"Jam cum stella matutina
Ad precandum surgimus"

En adelante solo tiene un sueño: permanecer en esta prisión que para él es todavía un monasterio. Vuelve a ser el hermano Nicolás, fiel a sus votos de castidad, de pobreza, de obediencia, de silencio y de trabajo. ¿Para qué sirve un monje?... Y aquí Thomas Kernan alcanza un pensamiento expuesto por Saint-Exupéry en *Pilote de Guerre*... Un monje, es una semilla. Una semilla no debe actuar, ni hablar, sólo debe sobrevivir. Quizás la Abadía de María Morgenstern, élla misma, sólo ha sido siempre una semilla. En las épocas de las invasiones de los bárbaros, la civilización occidental fué salvada por los conventos. De estas simientes católicas surgió el árbol del siglo XIII y luego toda la selva de las grandes culturas europeas.

¿Quién sabrá si en este nuevo peligro de Occidente, no será todavía en abadías como María Morgenstern, y en corazones puros y cándidos como el del hermano Nicolás que nuestra civilización será salvada de los nuevos bárbaros? "El cielo y la tierra pasarán", murmura el monje al terminar sus oraciones, "pero mis palabras nunca pasarán..." Tal fué la promesa divina.

"La sirena de la prisión llamaba los hombres al trabajo. Por la ventana enrejada se percibía una estrella en el cielo que blanqueaba. El estaba allí, de pie en su celda, leal testigo de las verdades de ayer; pero también fiel vigilante que anuncia la nueva aurora..."

* * *

¿Novela? ¿Mito? ¿Apólogo? Poco importa. La relación es bella y original; contada además con una delicadeza, y una economía de recursos que hacen de ella una obra de arte. ¿Qué quiere decir el autor? Nos deja imaginar mucho, y tiene razón, pues es así como un libro incita a pensar. Ciertamente que, entre otras cosas, quiere decir que, para un creyente, hay más libertad detrás de las rejas de una prisión, que para tanto infeliz en un mundo colmado de carceleros. La verdadera cárcel no es la Abadía, donde la Regla respeta la personalidad humana: es el país encadenado donde el hombre vuelve a ser una cosa.

Las naciones de Occidente han heredado una gran civilización que enseñaba que los hombres son iguales ante Dios, hermanos en Dios y que la piedra de toque de la virtud es el amor. Ellas son herederas de una civilización que dió a infinidad de hombres la libertad, el sentido de su dignidad, el respeto del orden y el ansia de progreso. Ciertamente, aún les quedaba a fines del siglo XIX, mucho que hacer para alcanzar la perfecta libertad y la perfecta igualdad, pero estaban en el buen camino.

Después de la guerra de 1914, los pueblos de Occidente han adorado falsos dioses. En lugar de seguir creyendo en la dignidad de la persona humana, han admirado su envilecimiento. Han admitido que se predicara la violencia y que el individuo sea, no solo limitado por el Estado, —lo que es natural y sano—sino sacrificado al Estado. Así ha comenzado una nueva invasión de los Bárbaros, infinitamente más peligrosa que la del siglo IV, porque los invasores del Imperio Romano guardaban algún respeto por lo que

destruían casi a pesar de ellos, mientras que los bárbaros modernos están orgullosos de su brutalidad. Para ello no hay otro remedio que la vuelta a los verdaderos valores, al amor, a la libertad y al respeto de la persona.

El bello libro de Thomas Kernan nos ayuda a valorar la gravedad del problema y nos llama a acechar fiel, piadosamente, la Estrella de la Mañana, anunciatriz de la nueva aurora.

Relación de dos documentos existentes en el archivo del Santo Oficio de la Inquisición de la Nueva España

Por Don Norberto de Castro y Tosi

J. de A. de C. R.

En el recorrido que hicimos el año próximo pasado, en el Archivo de la Inquisición, que reposa en el edificio del Archivo General de la Nación, en la ciudad de México, para recopilar los datos que nos han servido para escribir el libro (aún inédito), de "Datos genealógicos y biográficos contenidos en los Expedientes de pruebas de limpieza de sangre y otros papeles del secreto de la Inquisición de la Nueva España, referentes al Reino de Guatemala", que abarca los siglos XVI y XVII, tuvimos ocasión de extractar algunos documentos, los cuales aun cuando se encuentren fuera del marco establecido para el anterior trabajo, nos han parecido de interés para la genealogía costarricense.

Damos a conocer hoy dos de ellos que se refieren a las familias de Lampar y Carazo, ambas de notoria y calificada nobleza.

El documento que se refiere a la casa de Carazo, se encuentra en el tomo 857, del dicho Archivo General de la Nación, México, D. F. Ramo Inquisición, a folios 130 a 155, y contiene el nombramiento de Alguacil Mayor de este Santo Oficio en el interín, para la ciudad de Cartago, Provincia de Costa Rica, a favor del Sargento Mayor Don Pedro Carazo. A parte de las cartas de rigor cambiadas entre el comisario del Santo Oficio de la ciudad de Cartago y los Inquisidores de México, aparece una información levantada en la dicha ciudad ante Don Manuel Joseph González Coronel, Comisario del Santo Oficio de la Inquisición, por ante Don Joseph de Mier Ceballos, notario del dicho tribunal, iniciada a 5 de Febrero de 1730.

Fueron Testigos:

Don Josef Sáenz, Sargento Mayor, de 64 años de edad.
Don Francisco de la Madriz Linares, sargento Mayor, de 56 años.
Don Juan Francisco Martínez, Sargento Mayor, de 50 años.